

ALBER VÁZQUEZ: “RENERÍA ES UN PODEROSO TERRITORIO LITERARIO”

Alber Vázquez nació en Rentería hace treinta y cuatro años. Hace nueve publicó su primer libro de poemas y a éste le siguieron cuatro más. Como poeta, fue incluido en la antología que el Centro Cultural Koldo Mitxelena de San Sebastián dedicó recientemente a la poesía joven vasca. Además, ha venido compaginando esta labor con la estrictamente periodística y es autor de más de cien artículos dedicados a la crítica artística y literaria, así como a la difusión de las nuevas tecnologías relacionadas con el ámbito digital. Su curso sobre escritura hipertextual es uno de los más prestigiosos que pueden encontrarse en Internet y fue incluido en el programa de masters de la Universidad de Málaga. Acaba de publicar su primera novela bajo el título “La conquista de Aquitania”. Este libro abre una pentalogía de novelas que Alber Vázquez va a dedicar a la historia de Rentería.



OARSO - ¿Da Rentería para cinco novelas seguidas?

A. V. - Y para diez. Realmente fue un hallazgo para mí darme cuenta de que Rentería constituye un poderoso territorio literario que nadie ha explorado hasta hoy. Somos una comunidad que lleva siglos asentada en el mismo lugar, un lugar especialmente estratégico que la ha convertido en protagonista de la historia.

OARSO - La pentalogía comienza con la novela titulada “La conquista de Aquitania”. ¿Qué narras en ella?

A. V. - Un hecho fundamental en nuestra historia reciente: en Rentería tuvieron lugar acontecimientos esenciales que arrojarían, como resultado, la formación del Estado español tal y como hoy lo conocemos. El acontecimiento histórico que narra la novela es la estrategia militar que siguió Fernando el Católico para anexionarse el reino de Navarra en julio de 1512. Una estrategia, desde el punto de vista militar, absolutamente impecable y que tuvo como escenario a Rentería y, más tarde, a Irún.

OARSO - ¿Qué es lo que exactamente sucedió?

A. V. - Fernando el Católico quería, como después hizo, conquistar Navarra e integrarla a su corona. Pero las relaciones de Navarra con Francia eran tan buenas que se temía una intervención de esta última si las tropas castellanas invadían territorio navarro. Esto le hubiera supuesto una guerra larga y costosa y, posiblemente, la pérdida definitiva de su opción sobre Pamplona. Así que optó por trazar una estrategia mucho más ambiciosa. Su principal problema eran los franceses, así que decidió situar, en la frontera, una fuerza de contención lo suficientemente poderosa para que los franceses se lo pensarán dos veces antes de intervenir. Lo sorprendente es que no utilizó a su propia gente, con el consiguiente desgaste y costo que esto supone. No, hizo algo mucho mejor: engañó al rey Enrique VIII de Inglaterra, que era un muchacho inexperto en las artes de la guerra y de la política, y le invitó a que su ejército invadiera Aquitania desde el sur. Dicho y hecho: Enrique VIII mandó a sus tropas hacia Pasajes en una aventura que luego les resultaría funesta.

OARSO - ¿Los ingleses no se dieron cuenta de que les estaban utilizando?

A. V. - No, en ningún momento. Ellos venían a recuperar algo que consideraban suyo, Aquitania, y no tenían motivos para sospechar de la honorabilidad de Fernando el Católico. Hay que tener en cuenta que Fernando y Enrique eran familia, pues el primero era el suegro del segundo. Desembarcaron en Pasajes sin armas ni caballos, esperando ser recibidos por los hombres de Fernando y que éstos les surtieran de todo lo preciso. Iba a ser un trabajo fácil, pero allí nadie apareció. Nadie, ni en Pasajes, ni en Rentería, ni en Irún, les aguardaba, así que decidieron acantonarse en las inmediaciones de Rentería, junto a la desembocadura del río, y se pusieron a esperar. Lo que les sucedió a estos diez mil hombres supone uno de los mayores fracasos de la historia de los ejércitos ingleses. Por suerte, los ingleses guardan registro hasta de los reveses, y así ha sido posible reconstruir la historia.

OARSO - ¿Dónde estuvieron apostados? ¿Se sabe de manera cierta?

A. V. - Lo más probable es que lo hicieran en los terrenos que actualmente ocupa la Papelera. Quizás algo más arriba, pero no mucho más. Y no demasiado alejados del curso de agua dulce porque, aunque apenas bebieran otra cosa que no fuera la cerveza que habían traído consigo, necesitaban del agua. De cualquier forma, no hay que olvidar que estamos hablando de diez mil hombres, es decir, un ejército en toda regla. Diez mil hombres necesitan de un espacio amplio para desplegarse, aunque sea con el desorden y la falta de previsión de la que hicieron gala los ingleses.

OARSO - ¿Por qué es tan desconocida esta historia?

A. V. - El episodio se suele solventar en los libros de historia con una sola línea, a lo sumo dos. Esto es así por una razón clara: la historia se escribe desde la acción. Se narra lo que sucede, nunca lo que no sucede de forma consciente. La presencia de un ejército inglés en tierras guipuzcoanas tuvo más que ver con tropas que se vigilan unas a las otras, que se miden y se observan, que con batallas sangrientas. Sin embargo, en ocasiones, no hacer nada implica mucho más que hacerlo.

OARSO - Los renterianos de entonces, ¿sintieron miedo?

A. V. - Supongo que auténtico pavor. Estuvieron a merced de una horda de salvajes y no sucedió nada grave porque la oficialidad inglesa se ocupó de mantener a raya a su tropa. Por suerte, ellos pensaban que no iban a estar más de un par de días en Rentería. Después, caminarían hasta Irún, cruzarían la frontera, invadirían Aquitania haciéndola suya, y regresarían ricos a Inglaterra. Pero, viendo que su estancia se iba alargando, pues los caballos prometidos por el rey Fernando no acababan de llegar, los renterianos, haciendo buena su cuna, se dedicaron a comerciar con los ingleses. Les vendieron todo lo que pudieron. Aquel verano de 1512 fue un “agosto” de verdad para muchos de los nuestros.

OARSO - ¿Tuvieron éxito los planes de Fernando el Católico?

A. V. - Los resultados de su campaña todavía son visibles. Navarra pertenece a ese estado que acabaría llamándose España y, en cuanto a Aquitania, pues sigue siendo francesa. Y, sin querer desvelar el final de la novela, hay que decir que mucha sangre inglesa corre por las venas de guipuzcoanos de hoy en día.

OARSO - En la segunda novela del ciclo abordas un tema totalmente diferente.

A. V. - Sí. Hay que tener en cuenta dos datos esenciales para comprender la historia de Rentería: la inmediatez de la frontera y estar anclada en uno de los puertos señeros en la conquista de América. De hecho, Rentería es eso: un cruce de caminos entre continentes. A no cualquier emplazamiento lo destruyen siete veces a lo largo de su historia. Esto significa algo y ese algo es la situación estratégica que siempre ha tenido. Por ello, en la segunda novela de la pentalogía renteriana, que se publicará bajo el título de “La pasión de Giovanni Bengoa”, se trata el tema de la participación de renterianos y, por extensión, de guipuzcoanos y de vascos, en la trata de negros.

OARSO - ¿Hubo vascos negreros?

A. V. - Rotundamente sí. Hay que tener en cuenta que en

el siglo XVII los negros no eran personas sino cosas. Los vascos nos dedicamos a comerciar con ellos y a utilizarlos en las granjas y plantaciones de América sin perder, por ello, la honradez y la dignidad. Esta cosificación del esclavo negro es lo que queda narrado en “La pasión de Giovanni Bengoa” porque en ella se explica cómo un hombre negro propiedad de un renteriano establecido en ultramar, escapa de su amo y pretende la libertad. Pretender la libertad significa recuperar los dos extremos que los blancos le arrebatan: la libertad física, pero también la vida, es decir, la existencia como ser humano pensante y sufriente. El renteriano en cuestión, llamado Juan de Bengoa, que, insisto, es un hombre de bien y respetado en su comunidad, decide acudir él mismo en persona, por una pura cuestión mercantil, a África a “proveerse” de lo que luego va a precisar en su hacienda americana: mano de obra abundante y barata.

OARSO - ¿Existieron esclavos negros dentro del territorio vasco?

A. V. - Aunque no a gran escala, sí, los hubo. De hecho, está documentada la venta de una esclava negra en San Sebastián, algo que, desde luego, no escandalizó a nadie. El carácter fronterizo de Rentería, que, como digo, no era sólo hacia el norte, sino también hacia ultramar, hizo que los extranjeros no fueran vistos con excesiva extrañeza en esta tierra. Quienes han estudiado a fondo



este tema, afirman que para un renteriano o un irunés de esa época, ver un hombre negro no era algo excepcional que no volvería a repetirse en su vida. Al contrario, existía cierta costumbre y no causaba extrañeza.

OARSO - Avancemos en la pentalogía. La tercera novela del ciclo está íntegramente dedicada a un renteriano insigne que, al tiempo, da título al texto: "Icuza".

A. V. - Pero insigne de verdad. A mi juicio, Vicente Antonio de Icuza y Arbaiza es la personalidad más sobresaliente que ha dado Rentería al mundo a lo largo de su historia. Creo que es necesario estudiar a fondo su biografía y recuperar su historia, e invito desde aquí a que se trabaje en este sentido. Su labor al frente del curso venezolano es sobresaliente. Durante sus años de ejercicio, llegó a ser el corsario más temido de todo el sur del Caribe.

OARSO - Icuza era un corsario pero, ¿qué hacía, exactamente, un corsario?

A. V. - Existe una gran confusión de términos, generalmente por culpa de la mala literatura y el cine de aventuras. En el siglo XVIII, se fundó la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, cuya misión era la de traer todo el cacao venezolano a Europa. Esto lo hacían en régimen monopolístico, lo cual, obviamente, no agradaba demasiado a los que también pretendían dicho comercio. Para evitar las agresiones de naves ajenas a la Compañía, se creó un cuerpo de corsarios que se dedicaban a patrullar las aguas y, utilizando técnicas de guerra, perseguían, capturaban y hundían a todos aquellos que codiciaran el cacao guipuzcoano. Icuza llegó a ser el comandante de todos estos corsarios, algo decididamente meritorio teniendo en cuenta la escasa tradición marina de su familia ya que, sin ir más lejos, su padre era el médico del pueblo y debió llevarse un buen disgusto cuando el joven Icuza le comunicó que se iba a hacer las Américas.

OARSO - Las aventuras que debió correr Icuza tuvieron que ser memorables, ¿no es así?

A. V. - Desde luego, pero a mí me ha preocupado más trazar un retrato de la interioridad de Icuza. Se trata de alguien que construyó su propia leyenda valiéndose de sus propios medios y, todo esto en muy

pocos años, ya que murió relativamente joven. Sembró el pánico entre las naves que surcaban las aguas caribeñas en el siglo XVIII, hasta el punto de que llegaron a armar una flotilla con la única finalidad de mandarle a pique. Lo que hicieron los guipuzcoanos que comandaba, desde el "Aranzazu", Icuza, visto con frialdad y perspectiva histórica, fue brutal: expoliaron a los pueblos de América para quedarse con su riqueza y mataron a todo aquél que pretendiera evitarlo. Si nos ha repugnado la actuación de los Estados Unidos en Iraq, que montaron una guerra para quedarse con un petróleo que no les pertenecía, debemos censurar sin titubeos lo que los renterianos hicieron por esos mundos. Lo cual no evita que reconozcamos la excepcionalidad de sus figuras. Por eso, yo he tratado la interioridad de Icuza. Me interesaba saber cómo sentía él y ya que, por supuesto, de eso nada sabemos porque no se suele guardar documentación respecto a los sentimientos, he fabulado al respecto.

OARSO - Finalmente, la pentalogía quedará completa con dos novelas más.

A. V. - Son dos novelas que aún no están escritas pero sí lo suficientemente esbozadas. Una de ellas tratará sobre el proceso de industrialización renteriano en el siglo XIX que, como es sabido, supone un hecho sin precedentes en Europa: aquí nos industrializamos "a la renteriana" y eso merece la pena ser contado. Y la novela final transcurrirá durante la Guerra Civil española. Tener siglos de historia sirve, entre otras cosas, para tener siglos de convivencia, y de siglos de convivencia surgen, porque parece ser que no puede ser de otra forma, siglos de odios larvados. En una situación en la que la normalidad queda destruida y todo se sume en un ambiente espeso y sucio, algunos aprovechan para solventar asuntos privados solapándolos con la guerra.

OARSO - ¿Cuándo podremos ver todas estas novelas publicadas?

A. V. - "La conquista de Aquitania" ha sido publicada por la editorial bilbaína Verbigracia (www.verbigracia.net) y creo que el resto de la pentalogía será publicada también en ella. Desde luego, los ritmos de publicación son los que la editorial establece y en eso uno no tiene demasiado que decir. Creo, no obstante, que "La pasión de Gio-

vanni Bengoa” podrá estar en las librerías el año que viene.

OARSO - Al margen de la pentalogía renteriana, ¿tienes otros planes editoriales?

A. V. - Sí, en septiembre, y también de la mano de Verbigracia, publicaré una novela que no tiene nada que ver con todo lo anterior y que se titula “El hormiguero”. Se trata de una novela acerca de la relación del individuo con el grupo al que pertenece, de las posibilidades que para disentir tiene y de las capacidades que el grupo despliega para absorber dicho disenso. Éste es un tema que me obsesiona pues cada vez es más difícil mostrar nuestra discrepancia: las sociedades modernas han establecido mecanismos que engullen y normalizan todo desacuerdo.

OARSO - Desde este punto de vista, ¿estamos mejor ahora que en los tiempos de “La conquista de Aquitania”?

A. V. - Esto debe ser respondido según a uno le vaya. Ahora las sociedades son mucho más complejas y sin duda se dan procesos que siglos atrás ni se hubieran soñado. Pero en lo básico, seguimos haciendo lo mismo: unos gobiernos engañan a los otros, sometemos pueblos enteros a nuestro antojo, somos esencialmente racistas y xenófobos y no dudamos en saquear a los demás si así podemos obtener una posición más ventajosa. Está en nuestra alma ser mentirosos, codiciosos, violentos y canallas. Algo que, a lo largo de la historia, los renterianos hemos demostrado que sabemos hacer como nadie.